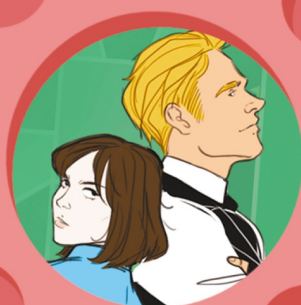


La autora bestseller mundial y sensación de TikTok

**ALI HAZELWOOD**

# Del odio al amor

Incluye las novelas  
*Bajo el mismo techo,*  
*Atrapados* y *Bajo cero*



CONTRALUZ

ALI  
HAZELWOOD

Del  
*odio* al  
*amor*

Traducido del inglés por Aitana Vega Casiano

CONTRALUZ



Título original: *Loathe to Love You*

Todos los derechos reservados incluido el derecho de reproducción total o en parte de cualquier forma. Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Random House Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

Primera edición: 2024

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Ali Hazelwood  
*Under One Roof, Stuck with You*,  
and *Below Zero* copyright © 2022 by Ali Hazelwood  
© de la traducción: Aitana Vega Casiano, 2024  
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)  
Madrid, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-30-7

Depósito legal: M. 13.634-2024

Printed in Spain

# *Contenido*

Bajo el mismo techo	9
Atrapados	153
Bajo cero	287
Capítulo extra	433





*Bajo  
el mismo techo*





*Para Becca, la mejor persona y la que tuvo la mejor idea.*







# Prólogo

## Presente

Echo un vistazo a la pila de platos del fregadero y, con pesar, me doy cuenta de que estoy fatal.

Miento. Ya sabía que lo estaba. Pero, si no lo hubiera sabido, esta habría sido una prueba irrefutable; el hecho de que no pueda ver un colador y doce tenedores sucios sin visualizar los ojos oscuros de Liam mientras se apoya en la encimera, con los brazos cruzados, sin oír su voz firme a la par que burlesca al preguntarme: «¿Es una instalación de arte posmoderno o nos hemos quedado sin jabón?».

Va en la misma línea que llegar tarde a casa y ver que me ha dejado la luz del porche encendida. Uf, eso siempre hace que se me acelere el corazón de un modo precioso y aterrador a la vez. Otro motivo por el que se me desboca el ritmo cardiaco es que me acuerdo de apagarla cuando entro. No es nada propio de mí y seguramente sea un indicativo de que la mezcla viscosa de semillas de chía que me prepara para desayunar los días que llego tarde al trabajo funciona y me está volviendo más lista.

Me alegro de haber decidido mudarme. Es lo mejor. Las alteraciones en el ritmo cardiaco no son sostenibles a largo plazo para mi salud física ni mental. No soy más que una mera novata en esto de pillarme por alguien, pero me atrevo a asegurar que vivir con un tío al que antes odiabas, pero del que sin darte cuenta has terminado colada hasta las trancas, no es la mejor de las estrategias. Hazme caso, que tengo un doctorado.

(En un campo que no tiene nada que ver, pero eso no viene al caso).

¿Sabéis cuál es la parte positiva de estar pillada? La energía nerviosa constante. Como consecuencia, al mirar la pila de platos se me ocurre que me apetece un montón limpiar la cocina. Cuando Liam entra en la habitación, me estoy dejando llevar por el repentino impulso de llenar el lavavajillas. Levanto la vista hacia él y me fijo en que prácticamente ocupa todo el hueco de la puerta, mientras le ordeno a mi corazón que siga latiendo con normalidad. No me hace caso; de hecho, pega un doble acelerón.

Mi corazón es un capullo.

—Te estarás preguntando si hay algún francotirador obligándome a fregar los platos.

Le sonrío sin esperar que me devuelva el gesto porque... es Liam y es casi imposible saber lo que piensa, pero hace tiempo que dejé de intentar ver si le hace gracia y simplemente me permito sentirlo. Es agradable, cálido y me gustaría empaparme de la sensación. Quiero obligarlo a que niegue con la cabeza, a que pronuncie mi nombre, «Mara», con ese tonito suyo; y a que se ría aunque intente evitarlo. Quiero ponerme de puntillas, apar-

tarle el mechón de pelo negro que le cae sobre la frente y enterrar la cara en su pecho para inhalar el delicioso olor a limpio de su piel.

Sin embargo, dudo que él quiera nada de eso. Así que me doy la vuelta para aclarar un cuenco que estaba escondido debajo del colador.

—Me he imaginado que te habían infectado el cerebro esas esporas parasitarias que vimos en aquel documental. —Su voz es grave. Profunda. Voy a echarla muchísimo de menos.

—Eran percebes. Sabía que te habías quedado dormido a la mitad. —No responde y no pasa nada porque... es Liam. Un hombre de pocas sonrisas y aún menos palabras—. ¿Te acuerdas del cachorrito de la vecina? El *bulldog* francés. Se ha debido de escapar mientras lo sacaba de paseo, porque acabo de encontrármelo cruzando la calle a lo loco. Con la correa colgando y todo. —Estiro la mano para coger un trapo y me choco con él. Está justo detrás de mí—. Uy, perdón. En fin, que lo he llevado a su casa y es la cosa más bonita del...

Me callo. Porque de repente no solo está detrás de mí. Me está acorralando contra el fregadero; el borde de la encimera se me clava en la cadera y un muro de puro calor me abrasa la espalda.

Ay, mi madre.

¿Qué...? ¿Ha tropezado? Ha tenido que tropezarse. Es un accidente.

—¿Liam?

—¿Todo bien, Mara? —pregunta, pero no se aparta. Se queda justo donde está, con el pecho pegado a mi es-

palda y las manos apoyadas en la encimera a ambos lados de mis caderas. ¿Es alguna clase de delirio? ¿Un infarto provocado por las constantes alteraciones cardiacas? ¿Mi cerebro ha decidido convertir mis fantasías nocturnas más privadas en alucinaciones?

—¿Liam? —jadeo, porque me está rozando el pelo. Por encima de la sien, con la nariz, y tal vez la boca, y no parece ningún accidente. ¿Acaso...? No, claro que no.

Pero entonces sus manos me cubren el vientre y es la pista definitiva que me señala que esto es distinto. No es un roce accidental por el pasillo, como esos con los que he intentado dejar de obsesionarme. No se parece en nada a la vez que me tropecé con el cable del ordenador y casi me caigo en su regazo, ni tampoco a cuando me sostuvo la muñeca con delicadeza para ver si me había quemado mucho el pulgar mientras cocinaba. Esto es...

—¿Liam?

—Shhh. —Siento sus labios en la sien, calientes y tranquilizadores—. Todo va bien, Mara.

Siento una espiral caliente y líquida que se me empieza a formar en el bajo vientre.



## Uno

### Seis meses antes

—De verdad os lo digo, eso de «saltan chispas» es la expresión más engañosa del mundo. ¿Saltan chispas de cables defectuosos? ¿Una mala instalación del sistema de calefacción? ¿Posibles pirómanos? Ninguna de esas opciones me evoca nada bueno. ¿Sabéis en qué me hacen pensar? En incendios. En lanzallamas. En sirenas en la distancia. No se me ocurre nada con más posibilidades de empezar un fuego que dos enemigos a los que les da por quemar las posesiones más preciadas del otro. ¿Quieres provocar una explosión? Pues ser maja con tu compañero de piso no es la manera. Encender una cerilla encima de un edredón hecho a mano cubierto de queroseno, en cambio...

—¿Señorita? —El conductor del Uber se da la vuelta y me mira con expresión culpable por interrumpir mi perorata previa a la catástrofe—. Solo quería avisarla de que llegaremos en cinco minutos.

Sonríó para darle las gracias con un gesto de disculpa y vuelvo a mirar el móvil. Las caras de mis dos mejores ami-

gas ocupan toda la pantalla. En la esquina superior estoy yo, más ceñuda de lo habitual (lo cual está justificado), más pálida (¿acaso es posible?) y más pelirroja (será por el filtro).

—Un argumento totalmente válido, Mara —dice Sadie con expresión de perplejidad—. Te animo a que le hagas llegar tus más que legítimas quejas a doña Merriam-Webster, o a quien sea que se ocupe de esos temas, pero... solo te he preguntado que qué tal el funeral.

—Eso, Mara, ¿cómo ha ido... funeral...? —La conexión de Hannah da pena, como siempre.

Esto es lo que pasa cuando conoces a tus mejores amigas en la universidad; un día estáis felices como perdices, con vuestros recién estrenados diplomas de Ingeniería en las manos y riendo como tontas tras la quinta ronda de *Midori sours*. Al siguiente, sois un mar de lágrimas porque os vais a ir cada una por su lado y las videollamadas se vuelven tan necesarias como el oxígeno. No hay ningún cóctel de color verde fosforito a la vista y tus monólogos de chiflada no se desarrollan en la privacidad del piso que compartís, sino en el semipúblico asiento de atrás de un Uber, mientras vas de camino a mantener una conversación rarísima.

Es lo que más odio de ser adulta; llega un momento en el que no te queda más remedio que serlo. Sadie diseña elegantes edificios ecosostenibles en Nueva York y Hannah se está congelando el culo en una estación de investigación ártica de la NASA perdida en algún rincón de Noruega. En cuanto a mí...

Estoy aquí. Me he mudado a Washington para empezar el trabajo de mis sueños en la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos. Sobre el papel, debería

estar radiante de felicidad. Pero el papel se quema muy rápido. El fuego se propaga deprisa.

—El funeral de Helena ha sido interesante... —Me recuesto en el asiento—. Supongo que es la ventaja de saber que estás a punto de morir. Se te permite putear un poco a la gente y decirle que, si no ponen *Karma Chameleon* mientras meten el ataúd en el hoyo, atormentarás a todos sus descendientes durante generaciones.

—Me alegro de que hayas podido estar con ella los últimos días —dice Sadie.

Sonrío con nostalgia.

—Estuvo inaguantable hasta el final. Hizo trampas en la última partida de ajedrez que jugamos. Como si no fuera a ganarme de todos modos.

La echo muchísimo de menos. Helena Harding, mi directora de tesis y mentora durante ocho años. La consideraba mi familia, mucho más que a algunos parientes lejanos y distantes que nunca se han preocupado por mí. Pero también era muy mayor, tenía muchos dolores y, como a ella misma le gustaba decir, «estaba ansiosa por pasar a proyectos más importantes».

—Ha sido muy amable por su parte que te legara su casa en Washington —dice Hannah. Ha debido de moverse a un fiordo mejor, porque hasta le entiendo las palabras—. Ahora tendrás un sitio donde quedarte, pase lo que pase.

Es cierto. Es todo verdad y me siento muy agradecida. El regalo de Helena ha sido tan generoso como inesperado, probablemente lo más bonito que nadie ha hecho nunca por mí. Sin embargo, la lectura del testamento fue hace una semana y todavía hay una cosa que no les he



contado a mis amigas. Una cosa muy relacionada con chispas e incendios.

—En cuanto a eso...

—Ay, ay, ay. —Las dos levantan las cejas—. ¿Qué pasa?

—Es complicado.

—Adoro lo complicado —dice Sadie—. ¿También es dramático? Voy a por pañuelos.

—Todavía no lo sé. —Respiro hondo para coger fuerzas—. Por lo visto, la casa que me ha dejado Helena no es del todo suya.

—¿Perdona? —Sadie aborta la misión de conseguir pañuelos y me mira con el ceño fruncido.

—A ver, sí es suya. Pero solo en parte. La mitad.

—¿Y de quién es la otra mitad? —Para variar, Hannah es la primera en llegar al quid de la cuestión.

—Originalmente, era del hermano de Helena, que murió y se la cedió a sus hijos. Después, el hermano menor les compró su parte a los otros y ahora es el único propietario. Bueno, aparte de mí. —Me aclaro la garganta—. Se llama Liam. Liam Harding. Es abogado y tiene unos treinta y pocos. Y vive solo en la casa.

Sadie abre mucho en los ojos.

—Me cago en la puta. ¿Helena lo sabía?

—No tengo ni idea. Imagino que sí, pero los Harding son una familia muy rara. —Me encojo de hombros—. Gente de mucho dinero. En plan los Vanderbilt. O los Kennedy. ¿Quién sabe lo que se les pasa por la cabeza a los ricos?

—Monóculos, probablemente —propone Hannah.

Asiento.

—O jardines ornamentales.

—Cocaína.

—Campeonatos de polo.

—Gemelos para camisas.

—Un segundo —interrumpe Sadie—. ¿Qué dijo el tal Liam Vanderbilt Kennedy Harding sobre el tema en el funeral?

—Buena pregunta, pero no acudió.

—¿No fue al funeral de su tía?

—No tiene mucha relación con la familia. Hay muchos dramas, sospecho. —Me doy golpecitos en la barbilla—. ¿A lo mejor se parecen menos a los Vanderbilt y más a las Kardashian?

—¿Me estás diciendo que no sabe que eres la propietaria de la mitad de su casa?

—Conseguí su número y le he dicho que voy a ir. —Hago una pausa y añado—. Por mensaje. No hemos hablado aún. —Otra pausa—. La verdad es que no me ha respondido...

—Esto no me gusta —dicen Sadie y Hannah a la vez. En cualquier otra ocasión, me reiría de su mente colmena, pero todavía hay otro detalle que no les he contado. Algo que les va a hacer menos gracia todavía.

—Un dato curioso sobre Liam Harding... ¿Recordáis que Helena era, básicamente, la Oprah de las ciencias ambientales? —Me muerdo el labio inferior—. ¿Y que siempre bromeaba con que casi toda su familia estaba formada por académicos progresistas que querían salvar al mundo de las garras de las grandes empresas?

—¿Sí?

—Su sobrino es abogado corporativo en FGP Corp.

Me entran ganas de enjuagarme la boca con solo nombrarlo. Y pasarme el hilo dental. Mi dentista estará encantada.

—FGP Corp... ¿Los de los combustibles fósiles? —Una profunda línea aparece en el ceño de Sadie—. ¿La superpotencia petrolera?

—Sí.

—Ay, la leche. ¿Sabe que eres ambientóloga?

—Le dije cómo me llamo. Solo tiene que buscarme en Google para que le salga mi perfil de LinkedIn. ¿Los ricos usan LinkedIn?

—Nadie usa LinkedIn, Mara. —Sadie se frota las sienes—. Joder, esto es grave.

—No es para tanto.

—No puedes ir a verlo sola.

—Estaré bien.

—Te matará. Lo matarás. Os mataréis el uno al otro.

—Eh... ¿Puede? —Cierro los ojos y me recuesto en el asiento. Llevo setenta y dos horas intentando no entrar en pánico con resultados cuestionables. No voy a derrumbarme ahora—. Creedme, es la última persona con la que querría compartir casa. Pero Helena me la ha dejado y... la necesito. Debo un pastón en préstamos estudiantiles y Washington es carísimo. Tal vez pueda quedarme un tiempo y ahorrarme el alquiler. Es una decisión fiscalmente responsable, ¿no?

Sadie se lleva una mano a la cara y Hannah replica:

—Mara, hasta hace diez minutos eras una estudiante de doctorado. Apenas estás por encima del umbral de pobreza. No dejes que te eche de esa casa.

—¡A lo mejor no le importa! La verdad es que me sorprende que viva ahí. A ver, la casa es bonita, pero... —Me distraigo pensando en las fotos que he visto y las horas que he pasado en Google Street View recorriendo una y otra vez las imágenes, mientras intentaba hacerme a la idea de que Helena me quería tanto que me dejó una casa en herencia. La propiedad es preciosa, pero es más bien una casa familiar. No es lo que me esperaba de un abogado de prestigio que probablemente gane por hora el PIB anual de un país europeo—. ¿Los superabogados no viven en áticos de lujo en una planta cincuenta y nueve con bidés de oro, bodegas de brandy y estatuas de sí mismos? Hasta donde yo sé, apenas pasa tiempo en casa. Así que seré sincera con él. Le explicaré mi situación. Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo que...

—Ya hemos llegado —me informa el conductor con una sonrisa. Le devuelvo el gesto sin mucho entusiasmo.

—Si no nos escribes en media hora, asumiré que Liam el de las petroleras te tiene secuestrada en el sótano y llamaré a la policía —dice Hannah con absoluta seriedad.

—Anda, no te preocupes. ¿Te acuerdas de la clase de *kickboxing* a la que fui en tercero? ¿Y cuando le di lo suyo a aquel tío que intentó robarte la tarta en el festival de la fresa?

—Era un crío de ocho años, Mara. Y no le «diste lo suyo», le diste tu trozo de tarta y un besito en la frente. Escríbeme en treinta minutos o llamo a las autoridades.

La fulmino con la mirada.

—Eso si un oso polar no acaba contigo antes.

—Sadie está en Nueva York y tiene el número de la policía de Washington en marcación rápida.

—Sí. —La aludida asiente—. Lo estoy guardando ahora mismo.

Empiezo a ponerme nerviosa en cuanto me bajo del coche y me siento cada vez peor al arrastrar la maleta por el camino. Una pesada bola de ansiedad se me asienta en el esternón. Me detengo para coger aire. La culpa es de Hannah y de Sadie; se preocupan demasiado y, por lo visto, es contagioso. Estaré bien. Todo irá bien. Liam Harding y yo tendremos una conversación agradable y tranquila y buscaremos la mejor solución posible que sea satisfactoria para...

Contemplo el jardín de principios de otoño que me rodea y pierdo el hilo de mis pensamientos.

Es una casa sencilla. Grande, pero sin ornamentos extravagantes ni cenadores rococó ni gnomos espeluznantes.

Solo un césped bien cuidado con algún que otro rincón ajardinado, un puñado de árboles que no reconozco y un gran patio de madera amueblado con artículos que parecen ser bastante cómodos. A la luz del atardecer, los ladrillos rojos le dan a la casa un aspecto acogedor y hogareño. Y hasta el último centímetro cuadrado parece espolvoreado por el cálido amarillo de las hojas de ginkgo.

Aspiro el olor a hierba, corteza de árbol y sol y, cuando tengo los pulmones llenos, suelto una risita. No me costaría nada enamorarme de este lugar. Quizá ya lo esté. ¿Mi primer amor a primera vista?

Tal vez por eso Helena me dejó la casa, porque sabía que sentiría una conexión inmediata. O a lo mejor saber que ella me quería aquí es lo que me ha predispuesto a abrirle el corazón. Sea como sea, no importa; siento que este lugar podría ser mi hogar y una vez más Helena vuelve a entrometerse donde quiere, esta vez desde el más allá. A fin de cuentas, siempre parlotteaba de cuánto quería que encontrase mi sitio en el mundo.

—Se nota que te sientes sola, Mara —me decía cuando me pasaba por su despacho para charlar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque las personas que no se sienten solas no escriben *fanfics* de *The Bachelor* en su tiempo libre.

—No son *fanfics*. Es más bien un análisis en profundidad sobre los temas epistemológicos que surgen en cada episodio y... ¡mi blog tiene un montón de lectores!

—Eres una mujer brillante. Y a todo el mundo le gustan las pelirrojas. ¿Por qué no sales con alguno de los frikis de tu grupo? A poder ser, uno que no huela a abono orgánico.

—¿Porque son todos unos capullos que no dejan de preguntarme cuándo voy a abandonar el doctorado para sacarme un título en economía doméstica?

—Ah. Es una buena razón.

A lo mejor Helena por fin se dio cuenta de que no había ninguna esperanza de que yo sentara la cabeza con alguien y decidió canalizar sus esfuerzos en que sentara la cabeza en alguna parte. No me cuesta imaginarla carcajeándose como una bruja satisfecha, y de pronto la echo muchísimo más de menos.

Ahora que me siento mejor, dejo la maleta justo al lado del porche (nadie me la va a robar cubierta como está de pegatinas frikis como «UNA LLORADITA Y A SEGUIR RECICLANDO», «LOS PLANETAS DECENTES NO SE ENCUENTRAN FÁCILMENTE» y «CONFÍA EN MÍ, SOY INGENIERA AMBIENTAL»). Me paso una mano por los largos rizos, que espero que no estén demasiado revueltos, aunque posiblemente lo estén. Me recuerdo que es poco probable que Liam Harding sea una amenaza, más bien un niño rico y mimado con la profundidad de una tabla de surf incapaz de intimidarme, y levanto el brazo para llamar al timbre. Pero entonces la puerta se abre de repente y me encuentro delante de...

Un torso.

Un torso ancho y bien definido debajo de una camisa de vestir. Y una corbata. Y una chaqueta de traje oscura.

El torso está conectado a otras partes de un cuerpo, pero es tan ancho que al principio es lo único que veo. Consigo desviar la mirada y me fijo en el resto. Unas piernas largas y musculosas que llenan la otra mitad del traje. Unos hombros y unos brazos kilométricos. Una mandíbula cuadrada y unos labios carnosos. Un pelo corto y oscuro, y unos ojos apenas un tono más oscuro.

Unos ojos que me observan. Me estudian con el mismo interés ávido y confuso que siento yo. El hombre parece incapaz de apartar la mirada, como si se hubiera quedado hechizado a un nivel básico y profundamente físico. Lo cual es un alivio, porque yo tampoco puedo dejar de mirarlo. Ni quiero.

Lo atractivo que me resulta es casi como un puñetazo en el plexo solar. Me atonta el cerebro y me hace olvidar

que estoy delante de un desconocido. Que probablemente debería decir algo. Que el calor que siento es muy poco apropiado.

Se aclara la garganta y parece tan nervioso como yo. Sonrío.

—Hola —digo, un poco sin aliento.

—Hola. —Suenan exactamente igual. Se humedece los labios, como si se le hubieran secado de pronto y... *Uf*. Qué bien le sienta—. ¿Qué...? ¿Puedo ayudarte?

Tiene una voz preciosa. Grave. Profunda. Un poco ronca. Me casaría con esa voz. Me revolvería con esa voz. Me pasaría toda la vida escuchándola y renunciaría a cualquier otro sonido. Aunque antes tal vez debería responder a la pregunta.

—Eh... ¿Vives aquí?

—Eso creo —dice, como si estuviera demasiado alucinado para recordarlo. Me hace reír.

—Bien, he venido porque... —¿Por qué he venido? Ah, ya—. Estaba buscado a Liam. Eh... Liam Harding. ¿Sabes dónde podría encontrarlo?

—Soy yo. Yo soy él. —Se aclara la garganta. ¿Se ha puesto colorado?—. O sea, yo soy Liam.

—Ah. —No. No, no, ¡no!—. Soy Mara. Mara Floyd. La amiga de Helena... He venido por lo de la casa.

El semblante de Liam cambia al instante.

Cierra los ojos un segundo, como quien acaba de recibir una noticia trágica e insuperable. Parece casi traicionado, como si alguien le hubiera hecho un regalo precioso y se lo hubiera arrebatado de las manos nada más desenvolverlo.



—Eres tú —dice y su preciosa voz se tiñe de amargura.

Se da la vuelta y echa a andar por el pasillo. Dudo un momento y me pregunto qué debo hacer. No ha cerrado la puerta, así que quiere que lo siga, ¿no? No tengo ni idea. De todas formas, la casa es medio mía, así que no sería allanamiento. Creo. Me encojo de hombros y voy tras él; intento seguirles el ritmo a sus piernas mucho más largas que las mías y apenas me da tiempo a procesar nada de lo que me rodea hasta que llegamos al salón.

Es precioso. La casa tiene grandes ventanales y suelos de madera y... Ay, madre, ¿eso es una chimenea? Quiero asar malvaviscos en ella. Quiero asar un cochinitillo entero. Con una manzana en la boca.

—Me alegro de que por fin podamos hablar cara a cara —le digo a Liam, sin aliento. Empiezo a recuperarme de lo que sea que haya pasado en la puerta... Juego con la pulsera que llevo en la muñeca y veo que escribe algo en un papel—. Siento mucho tu pérdida. Tu tía era mi persona favorita en todo el mundo. No sé por qué decidió legarme la casa y entiendo que lo de ser copropietarios es un poco inesperado, pero...

Me callo cuando dobla el papel y me lo tiende. Es tan alto que tengo que levantar la barbilla para mirarlo a los ojos.

—¿Qué es eso?

No espero a que responda y lo desdoble.

Tiene un número escrito. Un número con ceros. Muchos ceros. Levanto la vista, confundida.

—¿Qué significa esto?

Me sostiene la mirada. No hay ni rastro del hombre nervioso y vacilante de hace unos minutos. Esta versión de Liam es una combinación de un atractivo gélido y seguridad en sí mismo.

—Dinero.

—¿Dinero?

Asiente.

—No lo entiendo.

—Por tu mitad de la casa —me explica con impaciencia y entonces lo comprendo. Quiere comprar mi parte.

Bajo la vista al papel. Es más dinero del que he tenido nunca, ni tendré. La Ingeniería Ambiental no es una carrera muy lucrativa que se diga. Tampoco soy una experta en el mercado inmobiliario, pero sospecho que esta suma es muy superior al valor real de la vivienda.

—Lo siento. Creo que hay un malentendido. No voy a... No... —Respiro hondo—. Creo que no quiero vender.

Liam me mira inexpresivo.

—¿Crees?

—No quiero. No quiero vender.

Asiente con sequedad. Luego, pregunta:

—¿Cuánto más?

—¿Qué?

—¿Cuánto más quieres?

—No, no... No me interesa vender la casa —repi-  
to—. No puedo. Helena...

—¿El doble sería suficiente?

—¿El doble? ¿Cómo que...? ¿Tienes cadáveres enterrados en el jardín o qué?

Su mirada es puro hielo.

—¿Cuánto más?

¿Es que no me escucha? ¿Por qué no deja de insistir? ¿Qué ha pasado con el chico mono que se sonrojaba? En la puerta, él parecía...

Da igual. Está claro que me equivoqué.

—No voy a vender. Lo siento. Pero tal vez podamos encontrar una solución en los próximos días. No tengo dónde quedarme en Washington, así que pensaba mudarme una temporada hasta que...

Suelta una risotada seca. Luego se da cuenta de que hablo en serio y niega con la cabeza.

—No.

—Bueno. —Intento ser razonable—. La casa es grande y...

—No vas a mudarte.

Respiro hondo.

—Lo entiendo. Pero mi situación económica es bastante precaria. Empiezo un trabajo nuevo en dos días y está muy cerca de aquí. Puedo ir andando. Vivir aquí me vendría muy bien, hasta que empiece a recuperarme.

—Acabo de ofrecerte la solución a todos tus problemas financieros.

Hago una mueca.

—No es tan sencillo. —O tal vez sí. No lo sé, porque no dejo de recordar las hojas de ginkgo flotando sobre las hortensias y de preguntarme qué aspecto tendrán en primavera. A lo mejor Helena quería que viera el jardín en todas las estaciones. Si hubiera querido que la vendiera, me habría dejado solo el dinero, ¿verdad?—. Tengo mis razones

para no querer vender. Pero podemos buscar una solución. Por ejemplo, podría alquilarte temporalmente mi mitad de la casa y usar el dinero para alojarme en otro sitio...

Así me seguiría aferrando al regalo de Helena. Dejaría en paz a Liam y viviría por encima del umbral de pobreza. Bueno, por poco. En el futuro, cuando él se case con su novia (que seguramente será la directora ejecutiva de alguna empresa de la lista Fortune, sabrá enumerar de memoria los treinta primeros nombres del índice Dow Jones por capitalización bursátil y tendrá un artículo favorito en el *Goop*), entonces los dos se mudarán a una gran mansión en Potomac, Maryland, donde comenzarán su propia dinastía político-económica, y yo podré volver a este lugar. Mudarme, como creo que Helena quería. Si para entonces me han subido el sueldo y soy capaz de pagar la factura del agua yo sola, claro.

Es un buen trato, ¿no? Pues no, porque esa es la respuesta de Liam.

—No. —Cómo le encanta la palabrita.

—Pero ¿por qué? Está claro que tienes el dinero...

—Quiero zanjar el asunto cuanto antes. ¿Quién es tu abogado?

Estoy a punto de reírme en su cara y soltarle una broma sobre mi «equipo legal» cuando le suena el iPhone. Comprueba el identificador de llamadas y maldice en voz baja.

—Tengo que contestar. No te muevas —me ordena. Es demasiado mandón para mi gusto. Antes de salir del salón, me fulmina con una mirada fría y severa y dice—: Esta no es ni será nunca tu casa.

Y hasta aquí hemos llegado.

Esa última frase lo remata. Bueno, junto con la forma condescendiente, dominante y arrogante en la que me ha hablado en los últimos dos minutos. He entrado en esta casa dispuesta a tener una conversación productiva. Le he ofrecido varias opciones, pero las ha rechazado todas y ahora estoy cabreada. Tengo tanto derecho a estar aquí como él y, si se niega a reconocerlo...

Pues mala suerte.

La rabia me sube por la garganta. Hago pedazos el papel que me ha dado Liam y lo dejo caer en la mesa para que lo encuentre más tarde. Luego vuelvo al porche, recojo la maleta y me dispongo a buscar una habitación que esté libre.

¿Adivinad qué?, les escribo a Sadie y Hannah. La doctora Mara Floyd acaba de instalarse en su nueva casa. Y saltan chispas por todas partes.

# *Una colección de apasionantes novelas cortas en el mundo de las ciencias*

Mara, Sadie y Hannah son, ante todo, amigas y científicas. Aunque sus disciplinas de estudio hayan llevado a cada una a una punta del mundo distinta, las tres pueden confirmar una verdad universal: en el amor y las ciencias, los polos opuestos se atraen, y entre rivales siempre saltan chispas.

## **BAJO EL MISMO TECHO**

Una ingeniera medioambiental descubre que los científicos nunca deberían convivir cuando le toca aguantar al peor compañero de piso del mundo, un insufrible abogado de una gran petrolera que no deja de toquetear el termostato.

## **ATRAPADOS**

La rivalidad (y el amor) entre una ingeniera civil y su némesis llega a un punto álgido cuando se quedan encerrados en un ascensor de Nueva York.

## **BAJO CERO**

El corazón de hielo de una ingeniera aeroespacial de la NASA empieza a derretirse cuando termina herida y varada en una remota estación de investigación del Ártico y la única persona dispuesta a emprender una peligrosa misión de rescate para ir a buscarla resulta ser su eterno rival.

CONTRALUZ

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-30-7



9 788419 822307

Cod.: 3530129